

# Algo extraño, maravilloso

## Acerca de *La segunda luz*, de Pablo Carrizo

POR JOSÉ DI MARCO

Poeta, crítico y editor

### I

*La segunda luz*, el cuarto libro de Pablo Carrizo (Córdoba, 1978), agrupa una docena de poemas tan breves como delicados. El libro que los pone a circular constituye una pieza artística en sí misma, un objeto cuya materialidad gráfica le otorga una impronta visual insoslayable que invita a sopesarlo y a recorrerlo con calma, con deleite.

Da gusto tenerlo entre las manos. Da gusto contemplar el cromatismo, la tipografía, las ilustraciones (que le pertenecen al poeta). Lamento carecer del lenguaje y del conocimiento apropiados para describirlo con exactitud y dar cuenta de la fruición estrictamente estética que me produjo el primer encuentro con él (la que se multiplicó en los posteriores).

Carolina Barrios diseñó este libro que forma parte de **Lote 11**, un proyecto editorial dirigido por Carla Ciarapica y que inaugura la colección denominada *Formas breves*. Como señala el texto sin firma que aparece al final, el nombre de la colección se tomó prestado de Ricardo Piglia y apuesta por pequeños experimentos sobre la forma. La impulsa el deseo de experimentación, una suerte de microscopía que inviste a lo mínimo de una potencia que no excluye lo sutil.

A tono con esta propuesta, los poemas de Carrizo se interrogan y se maravillan por la presencia tenue, pero decisiva, de lo que sólo se puede nombrar al sesgo, mediante imágenes que registran su tránsito fugaz, su muda aparición.



*Una versión de este texto fue publicada originalmente en la plataforma de la Editorial Cartografías-*

<https://editorialcartografias.com/>

## II

En los paratextos, se esboza e insinúa la poética que articulan los textos de *La segunda luz*. Al comienzo del libro, el epígrafe de Eugenia Almeida asimila lo que no se termina de entender a las luces: el fulgor, lo que destella; se sustrae a la plena comprensión racional. Al final, en una concisa narración autobiográfica, el poeta evoca a su abuela deteniéndose en la voz de aquella.

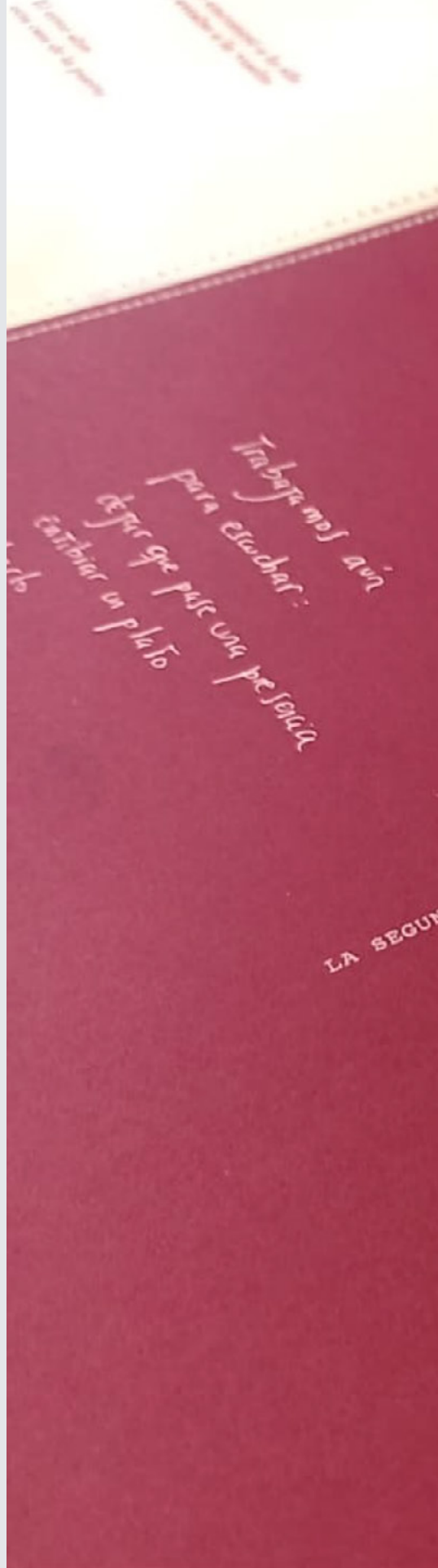
El pasaje culmina con la siguiente afirmación: “estos poemas le preguntaron cosas”. Mientras el epígrafe anticipa la temática que prevalece en el poemario, la narración autobiográfica, en cambio, delinea un enclave de enunciación. La escritura de lo que alumbra, centellea, claro y a la vez difuso, proviene de escuchar, sentir, interrogar, las reverberaciones de una voz querida, cálida, entrañable que no ofrece respuestas precisas, unívocas, netas, sino que abre el espacio infinito de la pregunta, de la espera diferida, de la expectación permanente.

En ese ámbito de lo abierto, lo indefinido, lo inefable, se instauran los poemas de Carrizo, en los que la escucha afectuosa y la contemplación paciente gravitan como un cruce singular entre lo audible y lo visible.

## III

Elijo un par de ejemplos de esa poética. En “Nadie lo tuvo”, lo que aparece, lo que se muestra raudo, no puede asirse con palabras ni retenerse en la memoria, salvo en su condición de algo ausente. El texto concluye con este dístico: “Algunos animales/ sólo se pueden escuchar”.

El fracaso (o al menos la impotencia) de las palabras inducidas por la mirada lleva a la escucha. Lo que se vislumbra no se deja decir; hay que escucharlo. No obstante, el/la lector/a se queda con una gama variable de preguntas: ¿qué es eso que pasa, que acontece y asimismo transita fugaz? ¿Cuáles son esos “animales” cuya presencia momentánea transgrede los alcances del lenguaje e



FORMAS BRE

Pablo Carrizo

ADA LUZ

Pablo Carrizo

# LA SEGUNDA LUZ





inhabilita las potestades de la memoria? ¿De qué está hablando este poema?

Las preguntas podrían aumentar y ese el efecto central que procura: el de incitar al despliegue de la interrogación, de atender a las reticencias voluntarias de lo que se dice, a las elusiones referenciales, a lo callado, a lo que se muestra como una huella pasajera.

En “La segunda luz”, el poema que título al libro, se reconstruye un diálogo mediante una oscilación pronominal en la que se enlazan el *nosotros*, el *ella* y el *yo*. En el movimiento constitutivo de la conversación —conformado por la dialéctica fluida entre pregunta y respuesta—, se alcanza un entendimiento que se expresa, en la última estrofa, de una manera tal en la que el lenguaje se opaca en versos entrecortados que desembocan en una palabra:

O la luz  
dijo ella  
la segunda luz  
de esta mañana  
donde sangra  
una mano nuestra y brota  
otra ternura exótica/ autóctona/ corazón.

El acuerdo al que llegan los hablantes —una pareja en un parque— discurre sobre un asunto que proviene de la dinámica propia del diálogo, el que no puede identificarse al margen de ese intercambio verbal. ¿De qué están hablando en realidad? ¿De una ruptura, de una reconciliación? ¿Del amor como un sentimiento que exige una reconstrucción permanente? ¿En qué consiste esa segunda luz? ¿Cuál es la primera?

#### IV

Los poemas de Carrizo eluden, sin estruendos, la significación unívoca, la referencia explícita. Conjugan versos irreductibles en los que la función poética del lenguaje se impone: “Una luz pasta sin hambre”; “vestir nos desnuda”; “Nadie lo tuvo/ sino al dejarlo pasar”; “El error abre/ otra casa de la puerta”; “La dirección son los cambios”. No hay literalidad, sino un uso intempestivo e impensado del lenguaje.

Acaso, *La segunda luz* nos invita a asomarnos (y a ser parte) de una tentativa en la que las palabras se enrarecen y la sintaxis se disloca para hacer del mundo cotidiano algo extraño y, por eso mismo, maravilloso.

